



VOL: AÑO 10, NUMERO 28

FECHA: MAYO-AGOSTO 1995

TEMA: ACTORES, CLASES Y MOVIMIENTOS SOCIALES II

TÍTULO: **Actores, participación e imagen necesaria**

AUTOR: *Rocío Corona Martínez, Nicolasa López Saavedra, Ricardo Torres Jiménez* [\*]

SECCION: Artículos

## RESUMEN:

En situaciones de participación social general, observable durante periodos de elecciones políticas, se hace tangible el estilo o forma en que la mente y el raciocinio se preparan, dentro de confines admisibles que no pongan en peligro el privilegio y el dominio establecidos. En esta confección los medios de comunicación se convierten en pilares de primer orden.

## ABSTRACT:

Actors, Participation and Necessary Image

In situations of general social participation, during periods of political elections, it is noticeable the style or manner in which the mind and reasoning are prepared, within their natural boundaries where privileges and dominance are not in danger. In this way the communication media becomes the main backbone.

## TEXTO

### 1. Democracia y participación

En el contexto actual hablar de actores, clases y movimientos sociales implica detenerse en el análisis del proceso de reestructuración social -con peculiaridades marcadas de acuerdo con el tipo de formación social de que se trate-. En la dinámica que encierra la reestructuración es puesta en la lucha la mezcla de distintos estratos sociales con miras a logros compartidos, sin que por ello se haya diluido el contenido de clase. Al mismo tiempo, ello ha implicado la redefinición de la relación entre la sociedad política, el Estado, o bien los actores políticos y sociales y la sociedad civil.

Aun en las sociedades en transición [1] dentro de los marcos de la democracia, [2] en esta redefinición, la confluencia se da entre el Estado y las formas que han adoptado las coaliciones sociales (asociaciones, organizaciones, agrupaciones, etc.), no obstante la existencia de resabios preclasistas y la clase como criterio básico de la desigualdad social. Siendo la clase social el elemento decisivo del sistema de desigualdad, sin embargo, ésta se percibe, sobre todo en la actualidad, por su composición ocupacional, así como por la integración de los individuos en las nuevas formas de estructuración social, entre las que sobresalen la corporación y el gremio (Giner, 1993: 137).

Estas nuevas unidades, ya sean del Estado o bien privadas o semiprivadas, se interrelacionan como resultado del vertiginoso proceso de acumulación de capital y de sus

formas progresivas de evolución -como lo es la aplicación de innovaciones científicas y tecnológicas a los procesos de producción y gestión de la acumulación de capital-.

Este tránsito incipiente de las sociedades en transición a su corporatización se halla cruzado por un vasto espectro social que va quedando descorporatizado, al que se vuelca el aparato asistencial del Estado con miras a mitigar y diluir factibles virulencias sociales, cuya causa se remite al deterioro percibido de la desigualdad en concertación con el descubrimiento de un derecho a posiciones codiciadas (Giner, 1993: 153).

De ahí que uno de los retos a los que se enfrenta la democracia, de manera más aguda en este tipo de sociedades, es la exploración de elementos adecuados y útiles que reproduzcan la legitimidad necesaria al régimen. Esto se evidencia cuando hay hendiduras en las fuentes de legitimidad. Es decir que, en la medida en que se ha dado la cobertura a la participación política de todos los segmentos sociales, ésta no ha podido ser absorbida por las estructuras institucionales delineadas, considerando que en nuestras sociedades en transición, en general no existe una figura que articule las demandas globales con el Estado mismo, de ahí la conformación de asociaciones que se erijan como articuladoras entre la sociedad y el Estado, caso concreto, las organizaciones no gubernamentales (ONG), las cuales no buscan de manera individual, a través del mercado, la satisfacción de aspiraciones privadas y la corrección de las injusticias percibidas, sino en el ámbito político mediante el grupo (Bell, 1994: 241). [3]

Ahora bien, "la extensión y la variedad de tales grupos son asombrosas. Incluyen grupos económicos funcionales, grupos socialmente en ventaja, grupos culturalmente expresivos, grupos de finalidades cívicas, grupos económicos para fines especiales, grupos culturales para fines especiales, asociaciones políticas funcionales y [demás]" (Bell, 1988: 243). Así, el afianzamiento y proliferación de corporaciones y asociaciones ha guiado al traslado gradual de otras unidades de la vida social hasta una posición en que estas últimas -clases, comunidades- o bien han de manifestarse a través de dichas asociaciones, o bien tomar la vía más aventurada de un movimiento social disyuntivo que reta al nuevo orden, y que se podría traducir como reacción ante la incompetencia o ineficacia del aparato administrativo estatal.

Ante las múltiples demandas que enfrenta el Estado, se acrecientan las competencias del mismo y por consiguiente los riesgos que implica la satisfacción o no de las demandas. Por ello, Luhmann explica que el riesgo consiste en que la mera acústica verbal lleva a alimentar expectativas que luego no pueden ser satisfechas o que no se quieren satisfacer. ¿Cuándo decidir el riesgo? En el momento oportuno:

Aunque divergen la situación de riesgo de los que deciden y la situación del peligro de los afectados. El riesgo de uno es el peligro del otro. La participación de los afectados en el proceso de decisión podría confrontar a éstos con lo inevitable del riesgo... Para el sistema político (...) sólo cuenta la comunicación organizada. Las organizaciones se comunican con organizaciones. Sólo de esta manera es posible llevar a los colectivos a una comunicación en nombre de mayores círculos de afectados... Se dirigen a la política para solicitar ayuda tan pronto el problema alcanza una dimensión que hace inadmisibles la propia prevención del riesgo. En un sentido más básico, la política, en primer lugar, es comunicación, es decir, una síntesis permanente de información, acto de comunicar y comprensión que el sistema reproduce de un momento al otro (Luhmann, 1992: 193).

Si bien es cierto que en las sociedades en transición hacia la democracia se contempla propiciar una mayor participación social, para ello tienen que motivar el equilibrio entre legitimidad y eficiencia. No obstante, la democracia como sistema, al depender de este equilibrio, da muestras de fragilidad; ésta se presenta tanto en las democracias más

consolidadas como en aquellos países en donde la democracia apenas está en ciernes. La dificultad de un régimen democrático cuando no logra consolidarse, dado que hay un apertura hacia la participación -aunque las reglas sean poco claras-, queda a merced de la posibilidad declarada que justifica regímenes antidemocráticos (presidencialistas [4] o bien dictatoriales) y esto tiene que ver con la fragilidad que inherentemente se halla en la misma democracia por ser un sistema por definición abierto. Pero, ciertamente, las democracias a través de las constituciones políticas marcan límites, reglas que se erigen en autoprotección, en autodefensa. En otros términos, la disyuntiva que arrostran los regímenes democráticos tiene que ver con la libertad, con el derecho a opinar sin importar su naturaleza o la posición política.

Cuando la movilización social se hace presente al demandar, exigir el derecho de participar abiertamente en la satisfacción de sus demandas, la respuesta de la administración -a la cual públicamente la está poniendo en entre dicho- puede ser la plena satisfacción o mediatización por una parte y por otra, la coacción, puesto que esta forma de manifestar las demandas pudiera ser percibida como un exceso de democracia, un exceso de la participación del pueblo en la solución de sus problemas. De cualquier forma, el movimiento debe ser reducido a su indiferencia y obediencia tradicionales, y arrojado del foro del debate y la acción políticos, para que la democracia pueda ser factible (Dahl, 1988a: 13).

En el fondo, si la movilización social logra margen de incidencia sobre las instancias políticas y con ello la puesta en práctica de una serie de reformas sociales, pudiera darse, en contrapartida, una forma de limitación de las demandas, por medio de la creación de un clima de inseguridad por parte de los que ven amenazados sus intereses, por lo que se hace indispensable retornar al estado de cosas dadas las opciones disponibles al interior del sistema y los valores culturales que éste fortalece; llevar al máximo el beneficio individual a corto plazo parece ser el recorrido racional, junto con la sumisión, la obediencia y la renuncia al foro público (Chomsky, 1992: 9 y 35).

El hecho de la reacción contra la ineficacia de la administración pública hace plantear a las democracias en situaciones de crisis, es decir, en situaciones que impulsan hacia el cambio, la modificación o el arreglo. En esto consiste precisamente la ventaja de modulación de la democracia sobre otros regímenes. Y también ello sugiere no hablar de democracia únicamente como un conjunto abigarrado de mecanismos dados, para la elección y/o confirmación de los que gobiernan, dentro del marketing -con competencia abierta y libre- en donde participan todas las fuerzas políticas. Cuando se participa en este nivel, la democracia puede ser un régimen fuerte, pero al propio tiempo, esta fortaleza demuestra su debilidad; la democracia yace yerma cuando sin miramientos, se eluden las reglas fundamentales que pudieran fortalecer en contrapartida las formas autoritarias.

Así tenemos que en tiempo de elecciones la participación de la población básicamente se hace manifiesta y se cuantifica a través del voto depositado en las urnas. El supuesto que se enarbola en dicho tiempo es hacer suponer a la población votante la posibilidad de intervenir en la modulación de las decisiones orientadas a la satisfacción de necesidades de carácter económico y social, es decir, coadyuvar a la eficacia de las soluciones en la formulación de demandas.

En esta contienda es observable la interacción entre actores políticos-actores sociales y entre actores sociales-actores sociales, en donde el nodo de su interacción lo es la voluntad fluctuante de los actores sociales, es decir la variación de la voluntad en base a la delegación de soberanía. La fluctuación o variación obedece a que no sólo los actores sociales participan políticamente para la pura obtención de representatividad, sino

también de satisfactores. Así entonces, la participación política es manifestación de necesidades, aspiraciones y proyectos de amplios y diversos sectores sociales. Por ello, para permanecer en el poder, los actores políticos se justifican y legitiman permanentemente; de ahí que la legitimidad pura no exista, dado que es renovada por la interacción social. Esto quiere decir que la voluntad fluctuante pone en juego los alcances del principio de igualdad y la forma de realización, al orientarse a la satisfacción de necesidades, aspiraciones y proyectos; así, la igualdad, al llevarse a la práctica su efectividad, se observa a través de los mecanismos adoptados (política educativa, habitacional o de dotación de infraestructura, por ejemplo).

En otros términos, la solución de los problemas políticos prácticos otorga viabilidad, plausibilidad a un orden democrático, es decir, la democracia es en sí misma una estructura de contradicciones básicas (Giner, 1987a: 225). El primer elemento de esta estructura lo es la dicotomía del principio categórico de la democracia como politeya (estructura general del poder en una sociedad dada): todos como ciudadanos, debemos gobernar, sin embargo, no podemos gobernar todos. Esta dicotomía es resuelta cuando los ciudadanos delegan su soberanía en sus representantes, pero cuando este poder soberano es usado discrecionalmente, y/o cuando se hace suponer que los partidos de oposición actúan en contra de los principios aceptados en los que se desenvuelven las elecciones -respeto al voto, manifestación política pacífica, respeto a los resultados de elección, entre otros-, se hacen patentes elementos democráticos (variación en la preferencia electoral, movilización huelguística, desconocimiento de la autoridad, demanda de aplicación de los principios constitucionales, etc.) que ponen en entredicho la legalidad de los que ostentan el poder político, o bien la de sus opositores.

Aquí también plantearíamos entre paréntesis, para volver más adelante a ello, que la posible debilidad de legitimación del partido en el poder o de los partidos de oposición puede ser inducida no por la no aceptación de los principios válidos, sino también bajo el marco del reflujo de fuerzas que se desatan en períodos de elecciones. Dentro de este reflujo y en el sentido aludido, resultan de particular importancia los medios de comunicación masiva como generadores de opinión pública, o en los términos aquí utilizados, como inductores de variantes en la voluntad fluctuante de los votantes.

El segundo elemento es la viabilidad de la obtención de satisfactores o de la realización de la igualdad social, al verse limitado el individuo en esta obtención o realización, se coaliga a otros con fines similares (asociaciones, sindicatos, partidos, uniones, agrupaciones, movimientos sociales). A través de la coalición, se persigue el suministro de satisfactores, ya los provenientes del Estado (órganos estatales) o los de las mismas coaliciones. En este plano se incentiva la participación directa de solicitantes, agrupaciones, asociaciones y organizaciones en la dotación de satisfactores infraestructurales y de equipamiento urbanos, por citar sólo un ejemplo. De esta forma, los instrumentos de la política social tratan de introducir el paradigma de modernidad y las bases universales del desarrollo (Mathieu y Thomas, 1992: 47), entreverados con la ideología oficial en búsqueda de la legitimación estatal. Es decir, esa práctica, en su aspecto social, ha tenido como objetivo de gobierno el contar con el consenso social suficiente como para legitimar sus acciones; en el político, ser respaldado por el voto popular, de tal manera que los actores políticos continúen con la representación de los sociales, sin permitirles la participación a través de la creación de una imagen necesaria que precisamente exacerbe la representación obtenida. Esto es, incidir en la opinión pública o, como aquí se viene planteando, en la voluntad fluctuante de los actores sociales, de los votantes. Retomando a Sartori (1988: 117) observamos que el poder electoral en sí es el aval mecánico de la democracia; pero las condiciones bajo las cuales el ciudadano consigue la información y está expuesto a las presiones de los edificadores de opinión, son con toda certeza las que constituyen la garantía sustantiva.

En ese sentido es de especial importancia el manejo de la información y la creación de imágenes necesarias que hacen los medios de comunicación. ¿Cómo inciden los medios de comunicación masiva en la opinión pública o en la voluntad fluctuante de los votantes?

## 2. Imagen necesaria y voluntad fluctuante

Debe entenderse que la libertad de decidir y opinar son elementos principales de la democracia, dirigiendo el enfoque a la opinión pública, entendida ésta como un concepto político. Porque se encuentra difundida entre el público y pertenece a las "cosas públicas", puede definirse como un público, o multiplicidad de públicos, cuyos difusos estados mentales (de opinión) se interconectan con corrientes de información aludidas al estado de la res publica (Sartori, 1988: 118).

Las opiniones, para tener una connotación política, deben ser notables, susceptibles y referidas a la política, cobrando el carácter de opinión pública cuando son escenificadas en noticia oral o escrita. En la medida en que los gobiernos reflejan la opinión del electorado se les ha considerado gobiernos a los que se les otorga consentimiento, es decir, que aquí se está hablando del consenso del electorado para designar a su gobernante, sin embargo, hay que tener presente que más allá de que el electorado votante exprese un consenso general está presente la palabra de los segmentos minoritarios o élites, que generalmente se restringe a una fracción del pueblo. Pero si la democracia otorga -como lo hace- el derecho de decidir su destino a todo el pueblo, las opiniones que indican un consenso general o, a la inversa, un disenso general respecto al gobierno, son manifestadas por los votantes en general en las elecciones y únicamente a través de éstas (Sartori, 1988: 119 y 121).

El anuncio de la apertura del periodo de elecciones en el tipo de sociedades a las que venimos enunciando, abren el umbral de la participación de los partidos políticos (opciones políticas de elección) en una competencia libre. En esta vía, los partidos políticos se abocan a aglutinar en torno suyo las preferencias individuales, es decir, de los factibles votantes, en donde la clave de la eficacia de un partido estriba en su capacidad de generar símbolos de identidad política de bando (ya sea por su nombre, plataforma, ideología, cánticos, insignias, como por sus líderes pasados y presentes) que aglomeran votantes y militantes, por encima de las múltiples líneas que de otro modo los separa dentro de la sociedad, sea por motivos de clase, status, familia, sexo, religión, grupo étnico, lenguaje o edad (O'Donnell, 1988: 95).

En la coyuntura que originan las elecciones políticas, la incidencia sobre la voluntad fluctuante actúa sobre el conocimiento que los actores sociales tienen de este hecho, es decir, éstos se saben inmersos en la contienda electoral y a partir de ella se trazan, con la intermediación de los medios de información, las distintas estrategias para la difusión del mensaje político de los partidos contendientes en la búsqueda del voto. Esas estrategias también se hallan matizadas conforme a los intereses y significación determinada, que empuja a los partidos políticos a hacer perceptible la dimensión del suceso a la opinión pública mediante los medios de comunicación (González, 1977: 31), los que hacen de los posibles resultados de las preferencias colectivas (ya hechos meros números a través de la estadística), expresión de elecciones justas que dan certidumbre a un futuro de paz social. No obstante, ante el caso de que sean diversas las opciones de elección (partidos), los votantes tendrán comparativamente poca experiencia en lo que concierne a escoger entre diversos candidatos; la identificación con un partido será probablemente escasa y poco claras las imágenes de los candidatos (O'Donnell, 1988: 99). Por ello se tratará de crear y reforzar una imagen de candidato y partido como mejor opción. En este

sentido, como herramientas que afinan esta dirección, no sólo se utiliza la propaganda, sino también se hace uso de la publicidad.

La propaganda actúa sobre el receptor a través del mensaje emitido cargado de símbolos que le sugieren acciones y comportamientos. Los efectos esperados por la propaganda son la modificación de "ideas, actitudes, valores y especialmente acciones" (Young, 1993: 205). Es entonces que la propaganda tiene como propensión la modificación o reelaboración de mitos, leyendas, valores, ideas y otros materiales simbólicos. Para llegar a estos resultados, aquélla tiene que incitar el deseo de algo. Y la publicidad tiene como objetivo primario el influir al receptor utilizando como guía a "tres corrientes y tres intensidades: respecto al partido o grupo político al que pertenece el candidato; respecto a la persona del candidato. Sus antecedentes, su arraigo, su simpatía, y respecto a la plataforma ideológica o plan de trabajo del candidato" (González, 1977: 41-42).

La publicidad se centra en primerísimo lugar en crear una imagen pública (necesaria) aun depredando la de otros candidatos. Asimismo, esa imagen se crea por la combinación de disyuntivas: aceptación de los errores en el pasado, bajo el cumplimiento de enmendarlos en el presente y evitarlos en lo futuro; contraposición de lemas de campaña y a través del debate público. En este punto, no se puede callar la controversia y, de hecho, en un sistema de propaganda que marche apropiadamente, no debería silenciarse, puesto que si queda obligado a unos límites adecuados, tiene una naturaleza tal que sirve para fortalecer el sistema. Lo que resulta indispensable es instituir los límites con solidez. La polémica puede predominar, siempre que se apegue a los presupuestos que definen el consenso de las élites. Lo que es más, debería avivarse dentro de estos confines, contribuyendo así a la institución de estas doctrinas como la condición misma del pensamiento pensable y fortaleciendo a la vez la creencia de que impera la libertad (Chomsky, 1992: 65):

La beligerancia de la opinión pública y el protagonismo de los medios de comunicación, se presuponen indicadores de desarrollo político. En este orden de cosas, el político moderno se debe saber desempeñar eficientemente en los medios y mostrarse a la sociedad, si desea comunicarse con ella y contar con su respaldo. Por ello, el oficiante de la nueva política sabe que las cosas han cambiado; que hoy existe una oposición combativa -auspiciada por los heterodoxos de ayer-, una prensa implacable y una ciudadanía impaciente y contestataria. El político moderno se afana en responder para reclutar adhesiones, y sale a la palestra consciente de que la lucha existe, aun si no saliera a luchar.

Si para el oficiante caduco -que no pocas veces es político reciente- acudir a la cita con la opinión pública y con los adversarios es un riesgo que debe eludirse siempre, para el nuevo oficiante es una oportunidad que nunca debe rechazarse (Ruiz, 1986:32).

Por consiguiente, durante las contiendas electorales, en la creación de esa imagen, se resalta por un lado, lo positivo (lo que nos identifica) del candidato oficial y por otro lo negativo de los candidatos opositores. Para estos últimos, la tendencia es la creación de una imagen pública caricaturizada de lo que no nos identifica o nos molesta. En la opinión pública se realiza una identificación entre el líder y la posición política que detenta. "Es la persona física la concreción de la ideología, del poder gubernamental, siendo más fácil que un sujeto se adhiera a una postura determinada simplemente porque el candidato le simpatice, que a la inversa. Se forma entonces una opinión pública sin contenido, pues ésta se deja llevar más por lo sensorial que por lo abstracto" (González, 1977: 49). En este renglón la propaganda, al tener como referente el contexto histórico social, pretende, respecto al mensaje, lograr su aceptación más que su reflexión; el ser absorbido rápidamente con pocos símbolos referidos a problemáticas complejas y elaboradas. Es importante la repetición sistemática de cuestiones simples y básicas permitiendo con ello

la promoción de deseos e ideas y manifestarlo de forma indirecta e insinuativa. Cuando se pretenda establecer algún deseo o idea, es posible lograr su impacto con exageraciones, acusaciones sorprendentes y con falsedades abiertas. Por igual, cuando en una formación social la población mayoritaria es joven, se marca como objetivo colateral el adoctrinamiento extensivo dirigido a niños y jóvenes, considerados sujetos de sugestión y persuasión (Cf. Young, 1993: 212-213).

Entre los medios de comunicación es la televisión la que destaca antes la imagen y lo sensorial, que la claridad del mensaje político de los partidos contendientes, aunque es sabido que por el alto costo que implica la transmisión del mensaje televisado, el medio se convierte en tribuna privilegiada de unos cuantos.

Parafraseando a González Llaca, la personalización es en nuestro país, fundamentalmente, una acumulación secular de psicología colectiva. Por ello, la confianza popular se inclina más fácilmente hacia un hombre providencial que hacia una estructura política o jurídica, la cual, en última instancia, requiere del conocimiento del líder para valer. Tal es la personalización del poder. El éxito se consideraría cumplido gracias a la habilidad mostrada por éstos para sintetizar en su imagen y plataforma política todas las esperanzas del electorado (González, 1977: 51).

Sin embargo, cabe añadir que otro de los dispositivos de suyo importante para la modulación de una situación es el rumor, que también salta al escenario político y acaso sea de mayor influencia en sociedades en transición. Bastará recordar algunos efectos de este dispositivo, como las compras de pánico, el sobresalto ante posibles ataques terroristas contra las estaciones de energía eléctrica, y el clima de inseguridad ante la toma del poder por algún partido de oposición.

Por consiguiente, quien desee controlar a la opinión pública [5] durante periodo de elecciones tiene que identificar las influencias a las que son sensibles los actores sociales, [6] mismas que forman el sustrato a través del cual tamiza sus estímulos -familia, escuela, trabajo, iglesia y medios de comunicación-, siendo estos últimos a los que fundamentalmente les ha sido confiada la educación política. Por esto es significativo que para transmitir la propaganda sea necesario tener un profundo conocimiento de los medios de comunicación, [7] de los intereses que defienden, de su identificación ideológica, de la personalidad de sus directivos y de las clases sociales en las que son voz de autoridad. Aparte de convertirse en generadores de opinión, comparten modos de vida y reflejan intereses de clase.

Hay otros elementos a considerar, como el caso en que los concesionarios de los medios de comunicación, así como algunos de sus directivos, no sólo se identifican con el interés de clase, sino también la pertenencia al partido de quienes le han otorgado la concesión de transmisión. Por consiguiente, la crítica severa sobre las formas del quehacer de gobierno no es bien recibida por quienes tienen la prerrogativa de sancionar sobre las múltiples aristas de premios y castigos.

"A semejanza de otros negocios, aquéllos venden un producto a los consumidores. Su mercado son los anunciantes, y el producto son los públicos" (Chomsky, 1992: 17). Y al igual que en el mensaje comercial, intentar crear clichés, estandarizar, hacer una imagen sintética de lo que somos y de lo que nos rodea con la que todos nos identifiquemos. Los mensajes de la propaganda política, que en términos generales utilizan los partidos en contienda son, las más de las veces, dirigidos a los actores sociales haciendo alusión al interés nacional, soslayando vocablos abstractos y priorizando un lenguaje preciso y cauteloso, cuidando los excesos que pudiesen escandalizar o comprometer la comprensión del mensaje. Aunque también hay que considerar que a veces no se pone

en entre dicho la veracidad del mensaje, sino las cuestiones planteadas y la forma de subrayar los hechos, el caleidoscopio de la opinión pública, las notas de comunicación y el modelo de vida a seguir.

No sólo la imagen creada exagera la representatividad de los actores políticos; también lo hace el contacto personal, pues representa una de las mejores formas de persuasión por su gran carga emocional. Por ello, la comprensión del poder desde la experiencia cotidiana revela un nivel importante de comprensión, y nos damos cuenta de lo "limitado, primitivo, sobresimplificado que es esta comprensión del sistema de poder dentro del que se vive" (Dahl, 1988b: 20). Muestra de ello lo es el entusiasmo acentuado que remarca la posibilidad de ascenso social haciendo alusión, veladamente, a imágenes del pasado.

En suma pues, el objetivo está encaminado a despolitizar y atomizar a la sociedad a través de la trivialización del ejercicio ciudadano, y en esta perspectiva apuntan los medios de comunicación coludidos o controlados por el Estado. Al propio tiempo, la creación de imagen necesaria se monta en la utilización intensiva y saturante de propaganda centrada en promover en el electorado el miedo al cambio que pudiera propiciar el ascenso al poder de otro partido, pues implicaría la pérdida de la posibilidad de participar dentro de la permeabilidad del sistema. "Se ha de mantener al pueblo en la ignorancia, reducido a unos encantamientos patrióticos, por su propio bien. Y al igual que el Gran Inquisidor, que emplea la fuerza del milagro, el misterio y la autoridad para conquistar y tener cautiva para siempre a la conciencia de estos rebeldes impotentes, por su propia felicidad" (Chomsky, 1992: 30). Quien piensa que un pueblo no puede acceder a la democracia, realmente está postulando que no puede gobernarse a sí mismo, pues la democracia, al revelarse, entre otras formas, como delegación de soberanía, como ejercicio de la representatividad, tiene límites y los resultados electorales pudieran indicar la erección de nuevos límites.

CITAS:

[\*] Profesores-investigadores del Departamento de Sociología, UAM-Azcapotzalco.

[1] Aquí cuestionaríamos ¿acaso es el surgimiento de nuevas estructuras de dominación? ¿Es una transición democrática? Profundizar en la respuesta a ambos cuestionamientos rebasa nuestra intención, por lo que únicamente señalaremos tentativamente que bien puede tratarse respecto del primer cuestionamiento, de un nuevo proyecto de dominación y por tanto, de la reestructuración política que está en pugna con las estructuras tradicionales. Respecto al segundo, la transición puede considerarse como aquel régimen político temporal conformado con atributos del régimen anterior, así como del nuevo, envuelto en el dilema de la forma en que se va a instaurar el régimen. Esto es, la transición como proceso tiene una relativa estructuración, ya que existe un gobierno y también reglas de acción, por lo que hablar de transición democrática es concebir a un régimen transitorio con inclinación hacia un régimen democrático o no.

[2] Por democracia entendemos un régimen político que se sustenta en la participación de amplios segmentos de la población en la toma de decisiones, y por régimen al conjunto de reglas aceptadas socialmente y por ello de aplicación general.

[3] "Las protestas son comunicaciones que se dirigen a otros y que reclaman la responsabilidad de éstos... la protesta es precisamente una forma que presupone el otro lado que puede reaccionar frente a la protesta.

"De los movimientos de protesta sólo queremos hablar si ésta sirve como catalizador para la formación de un sistema propio. La protesta recluta, como quien dice, sus propios



adeptos. Cómo realmente empieza la protesta, es difícil de constatar posteriormente; pero en dado caso, el sistema puede narrar su mito de fundación, recordar los héroes iniciadores, memorizar el motivo y, luego, en comparación con esto, quejarse frecuentemente, en el presente, de la pérdida de compromiso y disposición al sacrificio" (Luhmann, 1992:173-175).

[4] Aunque un régimen presidencialista no necesariamente implica un sistema totalitario o dictatorial.

[5] "... las elecciones y sólo las elecciones, constituyen el procedimiento institucionalizado para expresar un estado de opinión" (Sartori, 1988: 121).

[6] Al jugar la sugestión un papel importante en la propaganda permite, de llevarse al cabo, orientar la percepción de los actores sociales al despertar sus sensibilidades básicas como "el amor al hogar y a la patria, la libertad religiosa y política incentivando la acción" (Young, 1993:209).

[7] "... el control social en las democracias [en transición] se [centra] en la interacción que existe en tres tipos de actores: los 'demonios populares' es decir, los individuos y grupos políticos y culturales que muestran alguna desviación; los 'hacedores de mitos', esto es, la gente de los medios [de comunicación], que les proporcionan al público las representaciones de los demonios populares; y los 'responsables de ver que se cumplan las reglas', o sea, los agentes formales del control" (Melossi, 1992: 250).

#### BIBLIOGRAFIA:

Aguirre, Pedro, Alberto Begne y José Woldenberg (1993), Sistemas políticos, partidos y elecciones. Estudios comparados. Ed. Trazos. Centro de Investigación, A. C., México.

Arbós, Xavier y Salvador Giner (1993), La gobernabilidad. Ciudadanía y democracia en la encrucijada mundial. S. XXI, España.

Bell, Daniel (1994), Las contradicciones culturales del capitalismo. Alianza Universitaria, Madrid.

Chomsky, Noam (1992), Ilusiones necesarias: control del pensamiento en las sociedades democráticas. Prodhufi, España.

Dahl, Robert A (1988a), Análisis político moderno, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM/Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública A. C.

Dahl, Robert A (1988b), Reflexiones sobre la democracia contemporánea, Facultad de Ciencias Políticas y Sociales UNAM/Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, A. C.

Giner, Salvador (1987a), Ensayos civiles. Península, España.

Giner, Salvador (1987b), El destino de la libertad. Espasa-Calpe, España.

Giner, Salvador (1993), Clase, poder y privilegio. Separata para el Seminario sobre el Concepto de Igualdad organizado por la Fundación Pablo Iglesias, España (primavera).

Giner, Salvador (1994), Lo privado público: altruismo y politeya democrática, España (mimeo).

González Llaca, Edmundo (1977), La opinión pública: Bases preliminares para el estudio de la propaganda política. Facultad de Ciencias Políticas y Sociales, UNAM, Serie Estudios, núm. 52,.

Grupo Consultor Interdisciplinario (GCI), S. C. (1988), "La sucesión presidencial", en Revista Enlace, Colegio Nacional de Ciencias Políticas y Administración Pública, A. C., núm. 25, enero-abril.

Luhmann, Niklas (1992), Sociología del riesgo. Ed. Universidad de Guadalajara/ Universidad Iberoamericana, México.

Maffesoli, Michel (1977), La lógica de la dominación. Península, Barcelona.

Mathieu, Dominique y Francois Thomas (1992), "¿Fin de la propiedad popular?", en Revista Ciudades, año 4, núm. 15, julio-septiembre.

Melossi, Dario (1992), El estado del control social. Siglo XXI, México.

O'Donnell, Guillermo y Philippe C. Schmitter (1988), Transiciones desde un gobierno autoritario: conclusiones tentativas sobre las democracias inciertas. Paidós, Buenos Aires.

Reyna, José Luis (1980), "Obstáculos a la democracia en América Latina: una reflexión en torno a la clase obrera", en Crítica y Utopía, núm. 2.

Ruiz Massieu, José Francisco (1986), ¿Nueva clase política o nueva política? Ediciones Océano, México.

Sartori, Giovanni (1988), Teoría de la democracia. Alianza Universitaria, México.

Young, K., et al. (1993), La opinión pública y la propaganda. Paidós, México.